

Los discursos científicos como justificación de los viajes de exploración a la Antártida (1895-1912)*

Scientific discourses as justification for the voyages of exploration to the Antarctic (1895-1912)

Andrea Torrealba Torre **

Resumen

A partir de la revisión de las memorias del Congreso de 1895 de la Real Sociedad de Geografía británica, este artículo tiene como objetivo realizar un análisis de las justificaciones científicas que llevaron a los británicos a viajes de reconocimiento de la Antártida (1895-1912). El propósito es mostrar cómo los discursos geográficos funcionaron como explicación para la apropiación simbólica y discursiva de este territorio. Se muestran las características fundamentales del imperialismo, para resaltar la importancia de la construcción de la *idea* de imperio a través de los discursos científicos de la RSG, en relación con la expansión hacia el polo sur. Así, se mostrará cómo la ciencia funcionó como un vehículo para la construcción de esta idea.

Palabras clave: Región antártica, imperialismo, historia de la ciencia.

Abstract

Based on a review of the proceedings of the 1895 Congress of the British Royal Geographical Society, this article aims to analyse the scientific justifications that led the British on reconnaissance trips to Antarctica (1895-1912). The purpose is to show how geographical discourses functioned as an explanation for the symbolic and discursive appropriation of this territory. The fundamental characteristics of imperialism are shown, in order to highlight the importance of the construction of the idea of empire through the scientific discourses of the RSG, in relation to the expansion towards the South Pole. Thus, it will be shown how science functioned as a vehicle for the construction of this idea.

Key words: South Pole, imperialism, history of science.

* Este artículo se desprende de la tesis de maestría La ciencia como un instrumento de legitimación del Imperio Inglés: el caso de la Antártida 1895-1912 en Historia Internacional, la cual fue realizada en el CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económica). Durante el programa la autora contó con el apoyo de la beca CONACYT. El proyecto de investigación no hubiera sido posible sin el apoyo del Seminario de Historia Global que dirige la Dra. Matilde Souto del Instituto Mora.

** Profesora en la licenciatura de historia en la UNAM. Contacto: andreatorrealba@filos.unam.mx

1. Introducción y metodología

Durante las últimas décadas del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial el imperialismo europeo sufrió cambios importantes en sus características elementales. La expansión imperial europea se esparció por África y los avances tecnológicos derivados de la revolución industrial permitieron afirmar la hegemonía de unos cuantos países occidentales sobre el resto del mundo. Para lograr esta hegemonía no fue suficiente la supremacía tecnológica, sino que fue necesaria también una legitimación cultural.

Las justificaciones que acompañan la dominación de unos pueblos sobre otros han existido desde la Antigüedad y según el proceso que se estudie los argumentos varían. En la época que analizaremos (1884–1914) la ciencia fue uno de los principales instrumentos de legitimación imperial. Esto se debió a que durante el siglo XIX el prestigio del saber científico fue cada vez mayor y la precisión de las técnicas de observación y experimentación dieron lugar a un avance tecnológico nunca antes visto: la ciencia moderna se convirtió en un discurso de superioridad frente a pensamientos religiosos, vinculados con sociedades menos desarrolladas. Por un lado, el que este método se hubiera desarrollado en países occidentales mostraba la capacidad de dichos países para innovar y progresar más rápido que el resto del mundo, justificando en los casos más extremos a la “raza” sajona como la más avanzada. El resto del mundo se vio empujado a adoptar esta mirada y se fundaron escuelas técnicas y científicas que imitaron el sistema europeo para “subirse al tren del progreso”.

Este artículo aborda la manera en que la ciencia fue utilizada como un instrumento legitimador en la expansión imperial inglesa, en el caso específico de las exploraciones hacia el Polo Sur entre 1895 y 1912. Así, la Antártida funciona para ilustrar cómo las expansiones de los imperios en esta época (1884–1914) no estuvieron necesariamente ligadas a las pretensiones económicas, sino que forman parte de una dimensión cultural del imperialismo, en el que la ciencia es uno de sus ejes. A través del análisis del reporte anual del Sexto Congreso Internacional de Geografía de 1895 se comprobará el vínculo que existía entre la ciencia —tanto en su discurso como en su práctica— y las pretensiones políticas del imperio inglés, en específico en los viajes de exploración a la Antártida. Con base en los anteriores elementos, la pregunta central de este artículo es ¿cuál es el papel que jugó la ciencia en la apropiación simbólica del espacio antártico de 1895 a 1912 para la Sociedad de Geografía Británica?

2. Reflexiones en torno al imperialismo en la Antártida

Pero en los albores de nuestro siglo existen dos lugares que esconden con rubor sus misterios ante la mirada inquisitiva del hombre; la Tierra conservó intactos esos dos puntos inaccesibles llamados Polo Norte y Polo sur; esos puntos

extremos de la columna vertebral de su cuerpo, alrededor de los cuales gira desde incontables milenios.

Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad*

La superioridad científica de los poderes occidentales (sobre todo británicos, franceses, alemanes y estadounidenses) justificó la imposición sobre sus dominios coloniales. Esta expansión imperial tuvo elementos políticos y económicos muy específicos, pero es su vertiente cultural la que nos interesa analizar. La razón de esta decisión metodológica responde a las características históricas y geográficas de la Antártida, pues no se puede encontrar ningún rasgo claro de pretensiones económicas o políticas que justifiquen la ocupación y apropiación simbólica de su territorio. La ausencia de presencia y actividad humana en más del 95 por ciento del territorio antártico nos permite denominarla como un “no lugar”, pues cumple con las características que Marc Augé esbozó para ciertos lugares, donde la presencia humana constante está imposibilitada. Puesto que no es un lugar donde se encuentren condiciones de colonización, pero que de todas maneras atrajo a las potencias hegemónicas, para su ocupación es justificación suficiente para hacernos la pregunta sobre las causas adyacentes a los intentos de apropiación. Por ello, el estudio de la exploración de este continente es un escaparate perfecto para analizar la cultura imperial del siglo XIX.

Si la historia de la Antártida se ha caracterizado por la ausencia humana, su estatus político es entonces bastante reciente. En 1772 el navegante James Cook logró dar la vuelta al círculo polar antártico, pero nunca alcanzó a divisar ni encontrar un continente más al sur del paralelo 67° (Boorstin, 1983: 285). Desde ese momento hasta la llamada “época heroica” (1900–1920) la presencia humana en la Antártida se basó en la caza de ballenas. Grandes barcos balleneros de todas las nacionalidades surcaron las aguas congeladas del Polo Sur en busca de sus presas. En 1908 Gran Bretaña anunció la apropiación de ciertos territorios al sur de las islas Malvinas, como las Islas Sándwich del Sur, las islas Orcadas del Sur y la Tierra de Graham. Todas estas serían parte de la dependencia de las islas Malvinas y su administración quedaría a cargo del gobernador de las mismas.

Esta declaración imperial, más que una apropiación *de facto* de un territorio, supuso una provocación a las demás naciones que compartían la intención de ocupar el espacio antártico, pero sobre todo obedecía a un fin práctico: la regulación de la industria ballenera de la región. Con el agotamiento de los caladeros del polo norte, sobre todo aquellos cerca de Alaska, los buques balleneros comenzaron a correr más riesgos para alcanzar a sus presas. La cantidad de ballenas creció considerablemente desde que el territorio para la caza se expandió hacia el hemisferio sur; por ejemplo, de 1817 a 1868 los arponeros franceses mataron entre 12 000 a 13 000 ballenas, cifra bastante modesta si se tiene en cuenta que poco antes de la Segunda Guerra Mundial se sacrificaban más de 50 000 ballenas al año (Osterhammel, 2014: 556). El Polo Sur apareció como el único y último lugar donde esta industria podría tener lugar. Esta fue la principal excusa para que Gran Bretaña presentara sus Cartas Patente en esta

región. Por lo tanto, cualquier empresa internacional que tuviera la intención de realizar un negocio a partir de la caza de ballenas en esta región debía dirigirse a la administración británica, conseguir el permiso de caza y pagar los impuestos correspondientes.

Los argumentos centrales que dotaron a Gran Bretaña de las cualidades esenciales para ser la administradora de la región tenían como base una justificación científica. Los británicos reclamaron ser los únicos con la tecnología adecuada y con la suficiente integridad moral para convertirse en la autoridad capaz de evitar un desastre natural que llevara a la extinción de dicho recurso. Para que esto funcionara, Gran Bretaña debía convertirse en la administradora de todas las empresas que se realizaran en la Antártida. Los británicos se mostraban entonces como los únicos *suficientemente capaces* de gestionar la explotación en la región (Dodds, 2002). Aunado a este discurso, los británicos impulsaron una esfera de influencia sobre el territorio, a partir de sus posesiones en Australia, Nueva Zelanda y las Islas Malvinas.

En 1821 tres exploradores llegaron al continente, disputándose el nombramiento del primer hallazgo: el vicealmirante Fabian Gottlieb von Bellingshausen de Rusia, el capitán ballenero estadounidense Nathaniel Brown Palmer y el capitán de la Marina Real Británica Edward Bransfield. Después de esta disputa algunas expediciones se llevaron a cabo hacia el continente, que sobre todo lograron trazar la silueta del continente y comenzaron con algunos descubrimientos científicos, como la localización del polo sur magnético y el establecimiento de bases para la medición de datos astronómicos. Pero no fue hasta el año de 1895 que en la ciudad de Londres se realizó un congreso científico que marcó el punto de inflexión en la historia de la Antártida: los altos mandos de los gobiernos más influyentes de la época, delegados científicos y militares, se encontraron en el Sexto Congreso Internacional de Geografía para determinar la forma en la cual se llevarían a cabo los viajes de exploración hacia la región (1896: 290–294).

Durante las sesiones de este congreso se concluyó que la mayoría del planeta ya se había delimitado; así que a partir de ese momento la exploración de la región austral era una prioridad. Se sabía de su existencia desde 1821 pero nunca se había puesto en la agenda de las naciones como un tema principal de exploración o conquista. Si bien los océanos alrededor de la Antártida habían sido explotados desde hacía varios años, el interés por el continente nunca había sido primordial.

La expedición que más expectativa e impacto causó en Gran Bretaña fue la carrera por el Polo Sur de 1909-1912. En ella, dos expediciones muy diferentes se encontraron en la Antártida y compitieron por ser las primeras en llegar a este punto: la del capitán británico Robert F. Scott y la del marino noruego Roald Amundsen. Ambos ya habían sido parte de expediciones

anteriores y este fue el momento en que utilizaron experiencia y las técnicas desarrolladas para emprender el largo viaje a través del sexto continente.

3. Los discursos imperiales sobre la Antártida

El mundo industrializado del siglo XIX y la confianza en el progreso dibujaban un panorama donde la ciencia y su aplicación, la tecnología, serían la punta de lanza para el dominio de todo el planeta. Los avances en la medicina permitieron la penetración de África y su conquista (Crosby, 1998), mientras que los barcos de vapor y calado corto rompieron la barrera natural de los ríos chinos y permitieron la entrada de los europeos a la ciudad prohibida (Headrick, 2011: 190–198). Más allá de la practicidad de la ciencia aplicada y sus buenos resultados para entrar a territorios antes infranqueables, lo que interesa en este artículo es ver cómo esas victorias basadas en la tecnología y la ciencia estaban respaldadas por un discurso de objetividad científica que se asumió ajeno a las pretensiones imperiales, pero que realmente fungió como la base discursiva para la dominación del mundo en general, y de la Antártida en particular. La premisa inicial es que la ciencia era el único vehículo capaz de proporcionar un camino objetivo hacia la verdad. El método científico sería el más extendido y el único que tendría un valor real de conocimiento, ya que “solamente utilizando los métodos que ellos preferían —la investigación empírica basada en hipótesis verificables— se podría llegar a la ‘verdad’, a una verdad que fuera universal” (Wallerstein, 2007: 81).

Aunado a este pensamiento, la tecnología surgida a partir de la aplicación de las “ciencias duras” había generado condiciones que cambiaron la vida de las personas en cuestión de pocos años. El progreso material y tecnológico, que había surgido de la explosión de los avances científicos en el siglo XIX, se ligaba inmediatamente a la aceptación de este método como la única manera de conocer y moldear el mundo. Así, aunque la ciencia emanara en su génesis desde una posición de objetividad o desinterés político, se encontraba ligada en la práctica con el progreso tecnológico y la imposición imperial de las naciones industrializadas sobre aquellas que no lo estaban en la aplicación de dichos conocimientos.

Para la completa dominación del mundo no era suficiente poseer la tecnología o las instituciones que produjeran este conocimiento, se necesitaba algo más sutil: demostrar que el progreso era inevitable y que valía la pena el sacrificio presente para el bienestar futuro (Wallerstein, 2007: 93). Este discurso estaba dirigido por un lado a la población que estaba siendo conquistada, pero también —y es lo que más interesa en esta investigación— a los sujetos nacionales. Estos constituían los principales receptores del discurso, pues eran ellos los que legitimaban, producían y recibían la *idea* de imperio. Es decir, que no solamente las

élites intelectuales y políticas de las naciones hegemónicas tenían que creer y practicar el discurso de que la ciencia y la tecnología eran la única forma de conocer el mundo, y por lo tanto de aplicar la tecnología, sino que era de capital importancia que la población lo creyera para que dicho expansionismo siguiera siendo justificable.¹

De esta manera eliminamos de la Antártida dos intereses claves para el imperialismo, pues, sin personas no hay mercados ni mano de obra que pudiera justificar el gasto en empresas para su exploración. En adición a esto, en la Antártida no se encontraba ninguna materia prima que pudiera ser explotada, el paisaje era insólito: blanco, congelado, deshabitado. El agua dulce todavía no era un producto clave. La grasa de los pingüinos, focas o ballenas llevaba siendo explotada desde hacía décadas en los litorales del continente, pero no era una razón suficiente como para adentrarse hasta el corazón del continente, pues, como ya hemos visto, esta industria a principios del siglo XX comenzaba a ser problemática. La ausencia de población en la Antártida convierte al imperialismo de los Estados que llegan a sus costas, y la expansión hasta su centro, en un proceso único y totalmente diferente al de cualquier otro lugar en el mundo. En este caso no tiene sentido mostrar un discurso civilizatorio, pues no hay nadie a quién llevarle la civilización: no existen bárbaros a los que educar, no existen salvajes a los que occidentalizar, ni indígenas que estudiar. Tampoco puede existir un discurso en donde el conocimiento científico sirva como imposición cultural sobre una sociedad incivilizada.

Si las características políticas y económicas del imperialismo escapan del caso de la Antártida, esto no significa que la Antártida no se encontrara dentro de la órbita de la expansión imperial. En este caso, el discurso de superioridad cultural de los imperios europeos frente a las otras culturas se verá superado por un discurso de justificación científica. Este discurso va dirigido a dos receptores especialmente. En primer lugar, a las otras potencias, para mostrar el poderío científico y tecnológico; y en segundo lugar, a la propia población nacional, para arraigar el sentimiento nacionalista y justificar los esfuerzos que se hacían para financiar estas expediciones. El progreso se muestra entonces como la capacidad material de poder llevar a cualquier parte del mundo la tecnología imperial y, sobre todo, la superioridad cultural de los europeos frente a otras naciones, pues serían ellos los únicos capaces de realizar esta hazaña.

La segunda característica importante de este discurso tiene que ver con la relación entre la ciencia y el imperialismo. La ciencia se presenta como el motivo principal de esta expansión y

¹ Si se toman en cuenta los principales intereses de los imperios en esta época: control de mercados, territorios y mercancías, resalta que ninguno de éstos corresponde a la expansión en la Antártida. Frente a la incapacidad humana de establecerse en la región dadas las condiciones climáticas y la ausencia de poblaciones que “civilizar”, se dificulta la justificación para emprender el gasto para su exploración.

por ello se resaltan sus cualidades objetivas, desinteresadas y universales. Sin embargo, como lo anotaba Schumpeter en su estudio sobre el imperialismo (1965), en realidad también pesaba el impulso de mostrar la superioridad imperial a partir del *prestigio* que daba la apropiación de ese territorio. Así, el impulso de dominar a la naturaleza era una forma de enseñar que el hombre, gracias a la tecnología, estaba por encima de cualquier fuerza natural, y también que el pertenecer a un imperio —occidental— le daba la posibilidad de realizar tales hazañas.

Como vemos, el análisis se mueve en dos superficies, la ciencia como motivación primera: descubrir, medir, clasificar, observar; y la ciencia como justificación de expansión: un discurso que parece objetivo y desinteresado, pero que legitima la apropiación de ese territorio, aun cuando no haya un interés claro en él. Estos motivos pueden verse en las fuentes que presentaré en los siguientes apartados. Así, aunque en el “campo de batalla” Scott perdió la carrera en contra de Amundsen, en el “campo discursivo” no sucedió lo mismo. Se logró envolver los hechos en una atmósfera de traición (Amundsen no desarrolló una investigación científica) y de martirización (Scott como el británico que murió por honor): lo que importaba era el discurso que se podía construir a partir de estos eventos y que la imagen del Imperio británico mantuviera su grandeza.

4. Las sociedades científicas y su relación con el Estado

¿Quiénes eran los que producían este discurso? Sin lugar a dudas no existía un solo agente que lo produjera, pues en este proceso tomaban parte distintos actores: la prensa, los viajeros, las instituciones estatales, tanto fuera como dentro del país, las escuelas, y —la que más nos interesa a nosotros— las sociedades científicas reales. Ellas se encargaban del desarrollo científico y tecnológico de los imperios; ahí, confluyeron los científicos de la época y se planearon los objetivos más urgentes. Ahora bien, vale la pena primero preguntarnos qué son estas instituciones, cómo fueron formadas y cuál es su importancia en la expansión imperial.

A mediados del siglo XVII surgió la primera sociedad de científicos en Londres, conocida desde ese momento (1661 para ser exactos) como la *Royal Society*. El propósito de esta asociación era discutir entre expertos los avances, descubrimientos y metas en materia científica. Los participantes debían ser profesores universitarios en física, matemáticas o filosofía natural. La relación que esta asociación tuvo con el rey fue estrecha: este dio el visto bueno para su conformación y en 1663 fue nombrado miembro fundador de la asociación. En 1667 Thomas Sprat escribió una historia de la *Royal Society* que comienza de la siguiente manera:

Al Rey.

Señor, de todos los reyes de Europa, su Majestad fue el primero que consolidó este noble proyecto de experimentos, con su propio ejemplo, y en una institución pública. Una empresa igual que la acción más renombrada del mejor príncipe. Así, para acrecentar los poderes de toda la humanidad, y para liberarlos de la esclavitud de los errores, es mayor gloria que el ensanchamiento del Imperio, o que ponen cadenas en los cuellos de las naciones conquistadas (Sprat, 1667: 1, 2).

Como podemos ver en estas líneas, Sprat le otorga al rey el acierto de haber sido el primer rey de Europa en fundar una sociedad de científicos. Este acto será tan importante para sacar a la humanidad de sus errores como cualquier empresa de conquista militar que estuviera destinada al engrandecimiento del Imperio. Al final de esta misma dedicatoria, Sprat realiza una comparación de los actos que se recuerdan de los grandes reyes. Estos actos no tienen que ver necesariamente con batallas, sino con la producción de conocimiento que estos personajes dejaron para la humanidad:

En la historia completa de los primeros monarcas del mundo, de Adán hasta Noé, no existe mención alguna de sus guerras, o de sus victorias: todo lo que fue registrado es esto, ellos vivieron muchos años y enseñaron a las futuras generaciones a criar ovejas, a arar la tierra, a sembrar viñedos, a vivir en casas, a construir ciudades, a tocar el arma y el órgano, a trabajar el latón y el hierro. Y si merecen una rememoración sagrada, por un invento natural o mecánico, Su Majestad con certeza obtendrá una fama inmortal, por haber establecido una sucesión perpetua de inventores (Sprat, 1667: 3, 4).

El haber creado una sociedad de inventores era entonces el acto fundamental para que el futuro lo recordara como uno de los más grandes reyes de la historia.

Las sociedades científicas comenzaron a implantarse como un lugar privilegiado de producción de conocimiento a lo largo de toda Europa. Sin embargo, fue hasta el siglo XVIII, y como consecuencia del movimiento ilustrado, que las sociedades científicas tuvieron su mayor esplendor. Todos los imperios europeos comenzaron a invertir en el establecimiento de instituciones y universidades que se preocuparan por la producción y difusión del conocimiento científico. El proceso de creación de estas instituciones fue fundamental para el crecimiento de los imperios. La función era doble: crear conocimiento científico que permitiera la expansión mediante la utilización de nuevas tecnologías, y como repositorios y difusores de los nuevos descubrimientos. Es importante recordar el papel que fue teniendo el positivismo como una ideología de Estado durante el siglo XIX, podemos entender también el papel que jugarían estas instituciones. Además de servir como herramienta para la

expansión imperial, estas instituciones avalaron las acciones del Estado, pues este las había creado y ellas funcionaban como una forma de legitimar también su poder.

Ahora bien, es importante recalcar que la ciencia en sí, como discurso o metodología, no es la que impone o provoca la exploración del continente antártico. Para que esto sucediera era necesario que las justificaciones discursivas pasaran por el Parlamento y los altos poderes políticos avalaran dichas exploraciones. Así, vemos cómo tres diferentes poderes se entretajan en este caso: la ciencia como justificación discursiva, las empresas privadas que invirtieron en los viajes de exploraciones y el poder político que permite, tanto las justificaciones discursivas, como las acciones empresariales.

5. Ostentadores del poder científico: los discursos científicos a partir del sexto Congreso Geográfico Internacional de 1895

Dentro de las disciplinas científicas, la geografía fue una de las principales “cómplices” de la expansión europea. Antes de su advenimiento como una ciencia, la geografía había estado ligada a la historia y la descripción de contextos naturales y sociales de la Tierra, poniendo atención al paisaje y la cultura. Un ejemplo paradigmático fue Napoleón, quien impulsó con gran fuerza el estudio de la geografía e ideó una cámara de geógrafos que trabajaron para el Estado. También era frecuente que los conquistadores o expedicionarios imperiales tuvieran formación en cartografía y geografía. Además, algunos geógrafos fueron llevados a las exploraciones para delimitar fronteras, aconsejar dónde construir las bases militares, y crear mapas; eran especialistas en agricultura, minería y transporte.

En 1830 se fundó la Real Sociedad de Geografía (Royal Geographical Society o RGS) en Londres. Pronto se convirtió en la gestora organizativa de los viajes de exploración y de recopilación de información geográfica de todo el mundo. “La utilidad imperial no siempre estuvo en un primer plano, pero nunca se la ignoró. De todas las ciencias, la geografía fue la más entrelazada con la expansión imperial de Occidente” (Osterhammel, 2014: 1145). Entre las misiones más importantes, las sociedades de geografía de los diferentes países se plantearon grandes hazañas para develar los misterios que aún seguían guardados en el mundo: dar la vuelta a la Tierra, la conquista de los polos, atravesar los continentes enteros. En los inicios de RSG, la geografía no era considerada como una ciencia, por lo que tenía prohibido tener una academia propia. Sin embargo, después de los debates internos de la propia disciplina es que toma un estatuto científico de veracidad y logra establecerse como un pilar de la expansión imperial. Sus inicios fueron complicados, sobre todo por tener que luchar contra los científicos más ortodoxos, que consideraban ciencia prácticamente sólo a la

física. Sin embargo, la gran popularidad de los textos que se empezaron a publicar, entre los que destacan los diarios de viaje de James Cook y de Mungo Park, ayudaron a la consolidación de esta academia. Además, la expansión del imperio inglés demandaba una institución que le sirviera de guía y archivo para sus conquistas en ultramar: las nuevas adquisiciones en África y Asia (Mill, 1930: 1–10).

Las exploraciones geográficas comenzaron a ser cada vez más recurrentes y fue la RSG la que se encargó de dictar los caminos que esta disciplina debía llevar. Constituyó además, el *corpus* científico que legitimaba estas acciones y las presentaba a la sociedad como un bien que todos buscaban y necesitaban. Así, la información recolectada por los exploradores en las lejanas tierras conquistadas fue introducida en la cultura imperial a través de diferentes medios como los periódicos y los museos, que sirvieron como una herramienta para recrear la imagen de los territorios conquistados y mostrarlos a la población nacional. La RSG jugó de este modo un papel muy importante, como lo anota Robert Stafford: “La RGS se constituyó como la institución clave en este proceso, determinando las intenciones de las expediciones por partir y mediando los resultados obtenidos” (Stafford, 1999: 310). Los documentos, mapas, narraciones, ilustraciones y anécdotas que llegaban a la metrópoli fueron el medio por el cual la población absorbió en su conciencia los nuevos territorios de su propio imperio. Es claro que en el proceso de apropiación simbólica de un territorio nuevo había una productiva creación de datos geográficos, de documentos cartográficos, botánicos y antropológicos. Pero estos descubrimientos no suponían la erradicación de su meta final: el conocimiento de los lugares como una herramienta de poder; o como lo dice Stafford: “Durante el siglo XIX Gran Bretaña sostuvo un programa de exploración científica ligada directamente con sus intereses imperiales y comerciales” (Stafford, 1999: 294). La Real Sociedad de Geografía británica es la expresión máxima del vínculo que existe entre ciencia y política. Y aunque la ciencia se nos presente con un lenguaje objetivo y desinteresado, sus prácticas nos refieren en este caso a la expansión territorial y a la conformación de una cultura que intenta integrar, a partir de la difusión de la ciencia, las conquistas imperiales.

En un contexto más amplio, se puede deducir que las iniciativas de cuantificación, clasificación e innovación científica realizadas por la Real Sociedad Geográfica produjeron y fueron producto a la vez de la industrialización que Europa, y Gran Bretaña en particular, habían desarrollado. Esta cualidad de la nación más poderosa económicamente, pero también con mayor expansión territorial de los últimos años, era la muestra perfecta de la superioridad política británica; la cual se expresaba en el lugar de poder que ocupaba la Real Sociedad con respecto a otras sociedades en Gran Bretaña y en el mundo. La Real Sociedad de Geografía no solamente puso en la mira los próximos avances o estudios a realizar, sino que también

fue la jueza que valoraba si los trabajos presentados por los exploradores podían ser avalados científicamente.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se llevaron a cabo grandes exploraciones geográficas fomentadas por esta sociedad, como la expedición de David Livingston (fue el primero en cruzar África de oeste a este en 1853) o la de Erik Nordenskiöld (quién cruzó el pasaje del Atlántico norte en 1878). Así, para el VI Congreso Internacional de Ciencias Geográficas de 1895 quedaban realmente pocos lugares donde el hombre europeo no hubiera puesto un pie. La Antártida era uno de estos. Fue durante este congreso, entonces, que se mostró la postura de cada imperio europeo con respecto a la Antártida. Durante el congreso se fijó que “la exploración de las Regiones Antárticas es el reto más grande de exploración geográfica que tenemos” (Headland, 1989: 219).

Los temas que se discutieron en este congreso fueron diversos: educación, evaluación fotográfica, exploración polar, geografía física, geodesia, oceanografía, limnología, exploraciones, cartografía, espeleología y estudios terrestres (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: xxiii–xxxi). El congreso fue organizado con el liderazgo de la Real Sociedad de Geografía de Londres, aunque también participaron en su administración otras instituciones como el Instituto Real Colonial, la Sociedad Real de Botánica y Jardines, La Sociedad de Zoología y la Nueva Galería de dibujos (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: xxi). El congreso se llevó a cabo en el *Imperial Institute* (hoy conocido como el *Imperial College*) y los miembros invitados fueron personas reconocidas de diferentes partes del mundo.

Aunque el comité organizador del congreso tomó decisiones como la fecha y el lugar de la reunión, la exhibición que se llevó a cabo y el programa a seguir, no se lo tomó a la ligera. En todo momento se consultó con geógrafos importantes de Francia, Alemania y Estados Unidos para que estuvieran de acuerdo con estas decisiones: “la organización del Congreso fue entonces llevada a cabo tan armoniosamente como se pudo, e intentando representar los deseos de todos los países participantes” (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: xv). El Congreso transcurrió con bastante diplomacia entre los científicos participantes, y el público se encontró conmovido y entusiasmado por los nuevos proyectos que se avecinaban. A todo el evento asistieron más de 160 personajes prominentes, entre ellos científicos, políticos, aristócratas de los países participantes, todos atentos a invertir en el proyecto que más ganancias pudiera traer. Siguiendo los cánones del evento, los discursos de bienvenida fueron presentados por personajes de la realeza, como el duque de York, o por científicos retirados como Clements Markham, presidente de la Real Sociedad de Geografía y explorador del Polo Sur de mediados del siglo XIX.

Así, el VI Congreso Internacional de Ciencias Geográficas se inauguró el viernes 26 de julio y concluyó el 2 de agosto de 1895. Los primeros dos días estuvieron dedicados al banquete de bienvenida y a las conferencias por parte de los hombres con mayor categoría. El duque de York abrió el congreso como el presidente honorario del congreso y de la RGS con las siguientes palabras:

Es mi agradable deber, como presidente honorario del Sexto Congreso Internacional de Geografía, abrir la sesión de esta tarde, y dar la bienvenida a Londres, en el nombre de la Reina, como patrona del congreso, y de mi padre, como vice patrono, a los muchos eminentes y distinguidos delegados extranjeros y a los demás miembros de este Congreso (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: 2)

El discurso es en realidad bastante pequeño, pues sólo hace referencia a que la información obtenida del intercambio de investigaciones sería de gran utilidad para todos los presentes. A continuación, Clements Markham, como presidente de la RGS, dio también unas palabras de bienvenida. El domingo 28 de julio tanto los ponentes, como los invitados y socios, asistieron todo el día a eventos sociales como paseos por los jardines botánicos y el zoológico, y un concierto preparado por el ateneo alemán.

Por parte de los gobiernos asistieron algunos delegados, entre los más importantes se encontraban los ministros de Francia (Departamento de Guerra, del Departamento de Educación y del Departamento colonial), de Austria, de Hungría, de Italia (Departamento de Guerra), de Suecia y Noruega, de los Países Bajos, de Bélgica, Portugal y Suiza. También asistieron personajes de la aristocracia de Turquía, Estados Unidos, México, Argentina, Chile, Tasmania, Australia y Sudáfrica. Los delegados de las sociedades científicas pertenecían a Francia, Gran Bretaña, Noruega, Rusia, Estados Unidos, Austria, Suiza, Alemania, Hungría, Portugal, España y demás países occidentales que contaran con una Sociedad Científica en el momento (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1895: 233–238).

El 29 de julio de 1895 se abrió la mesa sobre los estudios polares con un ensayo del profesor Dr. G. Neumayer de la Universidad de Hamburgo titulado “Sobre la investigación en el polo sur”. Se leyó como parte de una ponencia de asistencia general. El objetivo principal del texto fue mostrar la investigación alemana que se había realizado hasta entonces en la Antártida y compararla con la inglesa. En este sentido, en él se presentan los resultados de muestras de temperatura del viento y del agua desde cinco lugares diferentes: Kerguelen, Auckland, las islas Malvinas, Georgia del Sur y Orange Bay; y se establecieron además los diez objetivos que cualquier expedición hacia el sexto continente, a partir de ese momento, deberían de realizar (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: 158 – 160).

La tarea principal era descubrir si el Polo Sur era un continente o sólo una isla en el sur del mundo y construir un observatorio magnético dentro del círculo polar antártico. Este observatorio debía ser apto para tomar muestras astronómicas, físicas y espectroscópicas. Para tomar las pruebas en este observatorio era necesario llevar herramientas europeas previamente probadas. El observatorio debía funcionar un año sin interrupción y debía encontrarse en el lugar exacto, para que los instrumentos no fueran afectados por el magnetismo. En él se encontrarían dos vaporizadores de madera. Por último, un barco debía permanecer durante el invierno cerca del observatorio por si existía cualquier eventualidad. El barco debía tener la más alta tecnología y estar adaptado para pasar el invierno varado en el hielo.

Después de la lectura del Dr. Neumayer el presidente de la RGS le aseguró al público que su esfuerzo y la investigación que llevaría a cabo sería uno de los grandes descubrimientos del siglo XIX. El segundo artículo que se presentó se titula "El viaje del *Antártida* hacia Tierra Victoria" y fue presentado por Carsten Borchgrevink, un explorador noruego que se embarcó en 1894 en un barco ballenero y logró traer muestras de especímenes tanto vegetales como animales del Polo Sur. En el escrito justamente comenta a qué fue y cómo logró realizar un poco de investigación científica, aunque no tanta como hubiera querido:

Permítaseme primero explicar que mis observaciones científicas fueron realizadas bajo las circunstancias desventajosas de un marinero al mástil y a bordo del ballenero *Antártida*. No había opción entre adoptar este camino y quedarse en la costa, y por lo tanto sólo pude tomar unos cuantos instrumentos. Esta explicación puede aclarar a algunos mis resultados (*Report of the Sixth International Geographical Congress*, 1896: 169).

La preocupación es muy clara: al no haber realizado investigación científica suficiente por ir en un barco ballenero y por lo tanto no contar con los instrumentos necesarios, su investigación sería muy criticada. No importaba qué otros logros en el ámbito de la simple aventura hubiera realizado.

Estas dos ponencias fueron los principales textos que se expusieron en el congreso concernientes a la exploración antártica. Después de estas palabras el mundo imperial comenzó a prepararse para el descubrimiento geográfico más importante de los últimos años: el conocimiento total del sexto continente. Así, decenas de exploraciones zarparon hacia el Polo Sur con la intención de recabar la mayor información científica posible y, al mismo tiempo, asegurar la presencia de su país en este nuevo territorio.

El historiador Robert Headland divide las exploraciones a la Antártida en tres: desde la antigüedad hasta 1780 como una fase de casi desconocimiento total (*Terra Australis Incognita*,

de 1780 a 1892 la fase del conocimiento a bordo de barcos (*Sealing Period*) y de 1893 a 1918 la exploración continental (*Continental exploration*). De este modo, aunque otras exploraciones ya se habían llevado a cabo en épocas anteriores, las misiones desde este momento estaban destinadas al conocimiento del continente en su totalidad, no sólo en los litorales. En este último periodo se registran eventos muy importantes: las primeras internadas (pasar los seis meses de invierno) al sur del círculo Antártico (1898 en el *Bélgica* y 1899 en el *Antártica*); la última de las islas periantárticas fue descubierta en 1902, así como la delimitación total del litoral del continente; el polo sur geográfico fue alcanzado dos veces (1911 y 1912); la primera película antártica fue filmada en 1903; se estableció comunicación entre la Antártida y Australia en 1912; en 1903 se abrió el primer laboratorio meteorológico permanente y en 1904 la primera estación ballenera en la región (Headland, 1989: 27).

6. Consideraciones finales

Durante los viajes que Scott y Amundsen realizaron se siguió de cerca sus pasos a través de la prensa del momento. Fue desde entonces que se comenzaron a escribir y publicar textos que hablaban al respecto. Desde las primeras noticias hasta hoy en día, las aventuras que estos viajeros vivieron en el continente congelado han sido fuente de inspiración. Se han escrito tesis de doctorado, artículos académicos y no tan académicos, se han realizado películas y canciones, se han escrito *best sellers*. Sin embargo, más allá de la ilusión de aventura y de lo emocionante que resulta esta historia, es necesario abordar la historia de la Antártida desde otros puntos de análisis.

En este artículo se han demostrado las pretensiones discursivas adyacentes a estos viajes; es decir, cómo se construyeron los discursos científicos que justificaron las empresas de exploración y los intentos de apropiación —simbólica y factual— del continente antártico. Esta no es una discusión secundaria, pues hoy en día la ocupación y explotación de los recursos antárticos responde al *Tratado Antártico* de 1959, donde se estableció la libertad para efectuar investigación científica como el objetivo superior a cualquier reclamo político sobre el control del continente. Los doce países con disputa sobre el territorio austral (Argentina, Australia, Chile, Francia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Noruega, La Unión Soviética, los Estados Unidos, Bélgica, Japón y Sudáfrica) aceptaron el acuerdo. La posibilidad para entrar a la lista de los países que tienen asentamientos humanos en la Antártida está abierta a cualquier integrante de las Naciones Unidas que pueda y quiera conducir una investigación científica en la región. La administración actual del continente austral se basa en los postulados planteados por Gran Bretaña a principios del siglo XX. Como se apuntó en las discusiones sobre la apropiación del continente, la investigación científica debía ser el único objetivo válido para su administración.

De esta manera, el *Tratado Antártico* conserva reminiscencias del discurso imperial; es decir, la ciencia como instrumento de legitimación para la administración del espacio austral fue y es la principal justificación para la ocupación del lugar.

Es claro entonces que el discurso científicista sirvió como base de las justificaciones de todos los países interesados en la Antártida y esto trajo consecuencias en la manera en que se llevó a cabo su exploración y administración. Este camino se ve reflejado en las fuentes del Congreso Internacional de Geografía, las cuales, mediante un discurso imperialista, defienden las ideas del hombre blanco que, orgulloso de su raza y su nación, pretende batir cualquier obstáculo que se le aparezca: nieve, hambre u otro explorador. Los textos nos sirven como prueba para dilucidar esta relación entre ciencia y la expansión imperial, y nos muestran que la convicción fue más allá de las instituciones como la Real Sociedad, sino que se encontraba interiorizada en los mismos agentes de la exploración. Queda para futuras investigaciones incluir el análisis de los diarios de Roald Amundsen y de Robert Scott que escribieron durante sus expediciones científicas hacia el Polo Sur, donde encontraremos la actitud y el enfoque discursivo imperialista y científicista ya esbozado en este artículo pero, ahora, en otros registros.

Bibliografía

- Boorstin, D. (1983). *Los descubridores*. Barcelona: Crítica.
- Crosby, A. (1998). *Imperialismo ecológico: La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Barcelona: Crítica.
- Dodds, K. (2002). *Pink Ice: Britain and the South Atlantic Empire*. Londres: Taurus.
- Headland, R. (1989). *Chronological List of Antarctic Expeditions and Related Historical Events*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Headrick, D.L. (2011). *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Mill, H.R. (1930). *The record of the Royal Geographical Society. 1830-1930*. Londres: The Royal Geographical Society.
- Osterhammel, J. (2014). *La transformación del mundo*. Barcelona: Crítica.
- Quigg, Ph. W. (1983). *A Pole Apart: The Emerging Issue of Antarctica*. London: McGraw-Hill.
- Report of the Sixth International Geographical Congress*. (1896). London: The Royal Geographical Society.
- Schumpeter, J. A. (1965). *Imperialismo. Clases sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Sprat, T. (1667). *The History of the Royal-Society of London. For the Improving of Natural Knowledge*. Londres: T.R. Martyn.
- Stafford, R. (1999). "Scientific Exploration and Empire". *The Oxford history of the British empire. The Nineteenth century*. Oxford: Oxford University Press.
- Wallerstein, I. (1984). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI Editores.